

FRAY VICENTE DE SANTA MARIA, O.F.M.

En Valladolid de Michoacán nació probablemente en 1755 y falleció en Acapulco en 1813.

Misionó entre diversos grupos indígenas del Norte mexicano y de su experiencia entre ellos, no muy optimista, produjo su *Relación histórica de la Colonia del Nuevo Santander y costa del Seno Mexicano*, la cual editó Nicolás León en su *Bibliografía Mexicana del siglo XVIII*, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1902-1908, Seis partes, cuarta parte, p. 389-515. Se reeditó en: *Estado general de las fundaciones hechas por don José de Escandón en la colonia del Nuevo Santander, costa del Seno Mexicano*, 2 v. México, Talleres Gráficos de la Nación, 1929-30, (Publicación del Archivo General de la Nación XIV-XV), II-350-487. Su obra histórica muestra lecturas de Clavijero, de Torquemada, de Fray Isidro Félix de Espinosa, de Alcedo, del Inca Garcilaso, además de penetrante información sobre los calumniadores de América, Buffon, Paw y otros.

Participó activamente en los movimientos preliminares de la Independencia. Se le cuenta entre los conspiradores de Valladolid de 1809 y posteriormente al lado de Hidalgo. Sumóse al grupo de Rayón y de Morelos. Poseía amplios conocimientos de la ciencia política y a él se debe un proyecto de Constitución desgraciadamente perdido.

Su participación en la conjura vallisoletana ha sido estudiada por Nicolás Rangel, "Fray Vicente de Santa María y la conjuración de Valladolid", *Boletín del Archivo General de la Nación*, México, 1931, t. II, núm. 5, p. 707-770; Ernesto de la Torre Villar, *La Constitución de Apatzingán y los creadores del Estado Mexicano*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1964, 439 p. ils., (Instituto de Investigaciones Históricas No. 92), p. 69 y ss. Sabemos que Ernesto Lemoine publicará varios documentos a él relativos en el *Anuario de Historia Contemporánea del Instituto de Investigaciones Históricas* de la propia Universidad.

Fuente: Fr. Vicente de Santa María. *Relación histórica de la Colonia del Nuevo Santander y costa del Seno Mexicano*, en *Estado General de las fundaciones hechas por D. José de Escandón en la Colonia del Nuevo Santander, costa del Seno Mexicano. Documentos originales que contienen la inspección de la Provincia efectuada por el Capitán de Dragones Don José Tienda de Cuervo, el informe del mismo al Virrey y un apéndice con la Relación Histórica del Nuevo Santander por Fr. Vicente de Santa María*. 2 v. México, Talleres Gráficos de la Nación, 1930. (Publicaciones del Archivo General de la Nación). II-351-482, p. 414-426.

LOS INDIOS COMANCHES Y OTROS GRUPOS GUERREROS

Entregados puramente a los objetos materiales y sensibles que lisonjean las pasiones animales y toscas, a éstas refieren el todo de sus pocas luces naturales, y una de ellas, como hemos dicho varias veces, es el modo y las estratagemas no poco sagaces con que se hacen la guerra. Esta se les suscita frecuentemente, o porque casado alguno de ellos con india de otra nación, la repudia cuanto antes o porque, aunque la retenga consigo, los suyos la reclaman, o porque en la cosecha de alguna de las frutas silvestres de su uso, los unos se apoderan del paraje donde abunda y los otros emprenden a desalojarlos, o porque en el juego de la chueca entre dos naciones que se han hecho convite para él, salen los unos lastimados de los otros, o también, y es lo más corriente, porque a las indias viejas y no viejas les ocurre encender el fuego de la venganza por alguno de sus caprichos. Estas, en el discurso de toda una noche, o dos, o tres, si es necesario, se toman la ocupación de estar llorando a gritos, alternándose por horas, según el orden de su edad, y entre sus ayes, gemidos y lamentos, mezclan la historia de sus desgracias, la muerte de los suyos y las escaseces que han padecido, originadas por aquellos a quienes quieren que se les haga la guerra. Serán, en efecto, sobradamente expresivas e insinuantes estas exhortaciones y arengas femeninas que en el silencio de la noche oscura y a la luz amortiguada de una hoguera, penetran sin interrupción los oídos y hacen fermentar más y más en estos campeones salvajes el espíritu de su venganza.

Desde el tiempo de la conquista habrán tenido, sin duda, estas oradoras gentiles materia más abundante para extender el hilo de sus declamaciones; y, en efecto, ha sido cosa asentada en las reducciones, aunque en el día ya no tanto, que cuando se advertía en las indias este movimiento nocturno, para siempre o en una fuga total de los indios congregados o en alguna irrupción sangrienta en el pueblo inmediato. En la relación y memoria de un indio viejo hallé una de estas arengas declamatorias de las indias para exhortar a los indios a la guerra contra los españoles, que por tener en los términos mazorrales con que me la hizo, bastante sentido y no poca gracia, me pareció oportuno copiarla a la letra: "Nosotros antes subiendo al monte, bajando al llano, comiendo harto y no teniendo miedo; correr por todas partes como venado y nunca morir con cuchillo ni con balazo." "Mi marido y mi hi-

jo, morir; otro mi marido también morir; yo lo vi, tanta sangre, tanto susto, tanto llorar y yo no poder sanar; el capitán grande (este el nombre que daban a Don Juan Escandón, el Conquistador), mucho bueno como el agua; regalar y querer mucho muchacho; el capitán chico y los soldados mucho malo como espina, matando nosotros y llevando nuestro muchacho mucho tan lejos; las mujeres aquí llorando sola como paloma, porque no tener hombre que nos defender; yendo nosotras acostar con soldado como sus mujeres, la ranchería quedar sola y los indios sin hijo como palo; si no nos defender nuestros hombres, nosotros yendo con soldado y todo se acabar, como nada; comiendo solo agora, durmiendo y queriendo mujer como perro; los indio flojo, los indio no pelear ni matar español; ¡ay, mi marido! ¡ay, mi hijo! ¡ay, mi otro marido! ¡cuando tener ellos tanta flecha sin matar con ella soldado!; pero ya morir mi marido con cuchillo, ya no hay quien matar soldado; soldado agora valiente como lobo; indio cobarde como conejo, huyendo; nosotros yendo con soldado para no llorar.”

Con esta arenga u otras semejantes alusivas al motivo de la guerra, o con los españoles o entre sí, se alternan las indias, como se dijo arriba, para mezclarla a competencia con sus ayes y gemidos y con el grito más agudo y lastimero por toda la noche. De ella resulta, naturalmente, la efervescencia de los indios y su irritación para salir sin pérdida de tiempo al campo de batalla, pues ya se ve que no es poca provocación amenazarlos sus mujeres de que se irían con sus enemigos, dejándolos a ellos sin hijos si no condescienden con su antojo. En efecto, mientras ellas lloran y repiten su arenga, ellos preparan sus flechas, se embijan el cuerpo más con carbón y almagre que con blanco u otro color abierto, se sueltan el pelo sobre la cara, hacen sus tentativas en sus saltos y carreras, perfilando el cuerpo y echándose a tierra casi a un tiempo mismo.

Unas veces envían a la nación enemiga la embajada de guerra, como hemos dicho, excepto a los españoles, a quienes no hay ejemplar de que les hayan prevenido sus choques, y otras se convienen mejor en la sorpresa. Si el enemigo está muy distante, marcha la nación entera haciendo de campeones también las mujeres y los muchachos, y si no dista demasiado, va sólo parte de ellos, quedando la otra parte para resguardo de las barracas y de las indias. Si dos o tres naciones se han convenido para sorprender a otras y acordándose, asimismo,

en las humaredas, procuran ambas caminar en expectativa de esta contraseña que les viene por el aire, para acelerar o retardar más o menos sus marchas. Llegados al sitio premeditado para la sorpresa, si la nación o ranchería perseguida no los ha sentido y llenan con esto su expedición, sueltan de repente su furioso y general alarido, cuanto más esforzado pueden, prorrumpiendo al mismo tiempo contra el enemigo todos los dicterios que saben. Se arma la escaramuza, sin que haya de parte alguna demasiada sangre; porque la defensiva suele ser bastante, para intimidarse mutuamente. Si logran quitar la vida a unos cuantos, cuentan con el triunfo completo, y si alcanzan a llevarse los cadáveres enemigos, es la última corona de la victoria. No obstante que aplican el mayor empeño para no dejar en el campo los cadáveres de los suyos, cuidan mucho más y procuran por todos los medios posibles el llevarse consigo y en algazara los de los enemigos; pero también éstos sin cuidar tanto de los vivos que faltan en los suyos, celebran más los muertos que les han hecho a sus contrarios. Parece que entre estos salvajes halló completa acogida aquella sentencia de un sabio gentil, de que un enemigo para el mal es diez tanto más que diez amigos para el bien y por esto, sin duda, estos bárbaros celebran más la muerte de un enemigo que les hacía mal, que lloran la pérdida de diez de los suyos, que les hacían bien.

Cuando mutuamente y sin sorpresa se han convenido dos o tres naciones en hacerse la guerra, señalan el día y campo de batalla, que siempre es algún bosque o paraje del monte más espeso y escarpado. Se acercan a él ambos cuerpos beligerantes, haciendo esfuerzos de arrastrarse por entre las peñas, de avanzar por entre las sombras de los árboles y de guardar el mayor silencio para no ser sentidos unos de otros; pero avocados al cabo entre los temores de no ser percibidos, escoge cada campeón, o una barraca pequeña, o un árbol, o un peñasco, en que se atrincheran y disparan desde allí sus tiros. La señal del ataque es un furioso y general alarido, de una y otra parte, sin que falten los insultos y dicterios hasta la última desenvoltura, señalándose los que hacen de capitanes en dar los mayores gritos y andar en continua carrera entre los suyos y no pocas veces sucede que, desamparados de éstos, suelen ser los primeros que quedan en el campo y en poder del enemigo.

Se dan al ataque cuando lo dispone el caso de avocarse y el choque se reduce más a gritos y deseos de destruirse que a conseguir el fin. Su retirada es en el instante mismo en que

uno de los campeones voltea la espalda al enemigo, y en su carrera, procurando ponerse a salvo, no dejan de seguirlo los demás. Cada una de estas naciones beligerantes va en su retirada llenando el aire de clamores de gozo, con que indican ambos la satisfacción de su victoria. Las indias, principalmente, no hallan cabriolas y ademanes con qué significar a sus maridos el pláceme de su expedición y aunque hayan quedado viudas, dejan el ceremonial de encalvecerse para después de pasado el festejo de la victoria. Las que con esta vez toman tanta parte en la celebridad, después son las primeras en promover el llanto nocturno y general, que de nuevo suscita la batalla.

De este modo pasan los años de su vida salvaje en la alternativa de celebrar sus triunfos y de llorar sus pérdidas, llenando los huecos con la ocupación de acopiar pedernales y varios nervios de animales y plumas para la construcción de las flechas. Aunque la campaña no diste demasiado de la rancheería, nunca dejan de ir a la guerra algunas indias cargadas las unas de arcos y flechas de repuesto, las otras de guajes llenos de agua y todas con un algo de carne y frutas silvestres, que son las municiones de guerra y boca, haciendo ellas de vivanderas. Acampadas, digámoslo así, con los indios jóvenes y menos vigorosos a poca distancia del campo de batalla, y haciendo como de retaguardia, o cuerpos de reserva, se afrontan también al enemigo en casos urgentes y ha habido muchos lances en que las mujeres han hecho más estragos con mucho más tesón y furia que los indios. A ellas toca, asimismo, el hospital de la sangre, ocurriendo al alivio de los heridos, aplicándoles cierta yerba balsámica, en grado sublime, sin duda, y que sólo ellos saben elegir y preparar.

Entre los apaches se han visto por la tropa de los presidios muchos ejemplares de que, cubierto un indio de heridas y destrozada la carne, con sólo el remedio de masticar esta yerba, de tragar parte de ella y de aplicarse a las heridas la restante, se presenta dentro de poco con las cicatrices apenas. En las provincias internas dan a este precioso bálsamo vegetal el nombre de yerba del apache. Yo hice multiplicadas diligencias para adquirirla y experimentarla, pero no me fue dable y, por consiguiente, dejando a salvo la verdad de los hechos, no saldrá por su garante mi experiencia.

Entre esta multitud de naciones salvajes hay varias a quienes algún suceso feliz en su principio las hizo más vigorosas y astutas para hacerse temer de las demás. Los pames, los piso-

nes y los janambres son en la colonia las naciones que en tiempo de su gentilidad eran dominantes y más temidas en las armas. Para invadirlas se juntaban siempre varias de las otras y aunque en número las excedían, no dejaban, sin embargo, de recibir golpes decididos, a pesar de las algazaras de triunfo que, como siempre, hacían en sus retiradas las que se habían coligado. La vista sola de un janambre basta para intimidar a varios de otra nación, aunque se consideren y vean protegidos y ayudados de los españoles. Yo vi el paraje de un capitán de los simariguanes y de otras tres naciones que con varios de los suyos y en compañía de un administrador de cierta hacienda inmediata a la villa de Escandón, donde yo estaba y él había llegado con el destino de visitarme, vio llegar al mismo tiempo al capitán de los janambres, que con el mismo destino de verme, había venido a la villa de Llera. Luego que se avocaron ambos, el janambre, con declarado desprecio del simariguan, se vino a mí, y éste, con el más humilde encogimiento, tomó la puerta; exhortó el janambre al administrador para que no creyera la bondad "que le aparentaba aquel que traía consigo, por "que siempre había sido malo él y todos los suyos; "que en todos tiempos el janambre y su nación habían repeli- "do de su compañía y castigado en la guerra a los saracuyes "y simariguanes, porque eran cobardes y sólo sabían hurtar y "correr." Ido éste volvió el simariguan, medio tranquilo, pero no por esto dejaba de asomarse a la puerta de cuando en cuando y volvía diciendo: *ahí está todavía janambre, muncho valiente.*

Los dichos pisones y janambres, que regularmente han sido confederados, guardan en su memoria y tradición, sin fecha determinada, aunque sí, según sus señas, de tiempos muy anteriores a la conquista, el suceso de una batalla gloriosa que contra ellos emprendieron hasta doce naciones confederadas de las sierras Tamaulipas y de los campos de la colonia, en todas ellas salieron derrotadas, no obstante las ventajas de su número. En esta función, un pisón solo hizo frente a un considerable número de enemigos, les mató cinco, obligó a huir a los demás y él salió ileso, llevando los cadáveres enemigos al lugar adonde estaban los de su partido. Con esta noticia procuraban intimidar estos pobrecillos a los primeros españoles que entraron en su país el año de 1747, pero les salió vano el recurso y antes, por el contrario, después de una vigorosa resistencia hecha por ellos, fueron al cabo unos de los primeros que, ha-

ciéndose a las armas de los conquistadores, han cooperado a muchas expediciones para la reducción de los demás.

También los janambres conservan en su tradición la memoria de un capitán suyo, en la antigüedad, cuyas fuerzas bastaban en sus choques de guerra para apedrear a los enemigos con los enemigos mismos que había a las manos y los arrojaba con el impulso y presteza que a una piedra. Si en orden de la verdad de este hecho se suspende el juicio, puede ponerse la noticia al lado de la que Virgilio nos refiere de Eneas en el Africa gentil, que para suplantar a Turno su rival, le echó encima un peñasco tan enorme, que no bastaron después fuerzas humanas para moverlo. La verdad sí es que en las más naciones bárbaras de la colonia, está sobradamente indicado el terror con que ven todavía a la de los janambres y esto, sin duda, tiene algún motivo de muy atrás en sus sucesos antiguos.

Desde las riberas meridionales del río Grande hacia el mediodía se extienden estas naciones, que propiamente llamo de la colonia, y desde las septentrionales hacia adentro del Norte se propagan otras muchas en cuyo número se cuentan desde el año de 1750 que fueron recibidas de paz en estas provincias, la de los apaches y la de los cumanches. Esta es el terror de todas las demás en todo tiempo y no hay duda que lo merece, tanto por su número como por su ferocidad, astucia y figura. Su estatura, por lo común, excede la regular de un hombre; su color blanco entre rojo, que para los demás indios de estas provincias es tan extraordinario como temible por el tanto; su traje de gala, una piel de síbola que le cubre en forma de capa desde el pescuezo hasta los pies, y al mismo tiempo, les sirve en sus correrías de sombrero, de cama y de todo vestido, porque en lo interior andan enteramente desnudos. El pelo se lo hacen crecer hasta el suelo, si pueden, trenzándose y matizándose con polvo blanco: cuando el natural no les llega a este tamaño, se valen los hombres del de las mujeres, a quienes se lo cortan para el efecto, y hay también entre ellos a quienes no bastándoles ni el suyo ni el de sus mujeres, se aprovechan de las crines y colas de sus caballos, trenzándose en la cabeza para suplir el defecto. Las indias, pelonas en la mayor parte, usan enaguas de piel de síbola muy bien curtidas y labradas, que les cubren hasta la rodilla, adornadas desde allí con flecos o alamares de conchas y huesecillos escogidos, y de lo mismo, pendientes en las narices y en las orejas.

Cada cumanche cuenta con tantas tiendas y bagajes de campaña, a su modo, cuantas son las mujeres de su uso, y cada

una de éstas se encarga de servir a su hombre el día que le cabe la vez. A ellas toca disponer la carne que han de comer, armar y desarmar la tienda en sus frecuentes emigraciones, tener a la mano el caballo en que ha de montar su marido y en el camino llevarlo del cabestro, yendo ellas a pie y sufriendo todos los rigores de la barbarie, por decenas y aun centenas de leguas; de manera que estos bárbaros han condenado a sus mujeres a una perpetua y rigurosa esclavitud y estas salvajes, no menos que sus maridos, llenan sus conatos con este género de abatimiento, que tiene, seguramente, muy pocos ejemplares en el mundo. El indio no se ocupa en otra cosa sino en traer a las tiendas de cada una de sus mujeres, cuando es necesario, la síbola o el venado que ha muerto en la caza y aun en la maniobra de preparar y curtir las pieles para el uso, son más bien las manos femeninas que las de los hombres las que se ejercitan. Su montura es el caballo en pelo con un cabestro atravesado por entre la boca y, cuando más, con dos trozos pequeños de madera atados entre sí a corta distancia y puestos sobre el lomo de la bestia al modo de fuste. Su remonta se cuenta por la multitud de caballos que sin límites se propagan en aquellos desiertos y que en partidas innumerables se presentan, aunque con alguna dificultad, a la mano del hombre. También suelen acercarse a los presidios de los españoles a permutar pieles por caballos mansos y cuando quieren ahorrarse de este trabajo, se conforman mejor con el hurto, y es el camino que tienen más trillado.

Las armas que traen consigo en todo tiempo, a más del arco y flecha, son la escopeta, el chuzo y la macana. Está pendiente del cuello y tocando al pecho, lo más brillante y filosa que puede serlo, de modo que atada con oportunidad y movediza a una y a otra camba de la piel que los cubre en forma de capa, les sirve también como de broche para asegurársela; el chuzo, con el arco, atados al hombro, el carcaj a la cintura, por la parte de atrás y la escopeta en la mano, tirada por sobre el caballo. Para descargar ésta, se valen siempre de mampuesta, dándole este destino a la baqueta, que siendo como es, una vara gruesa de hierro, con una horquetilla en la punta que corresponde al sacatrapo, la traen siempre dentro del cañón, con el doble destino de atacar con ella su carga y de fijarla en el suelo, asegurando el cañón entre la horquetilla, para dirigir mejor su tiro. Cuando ven a los españoles, que sin mampuesta atinan la puntería, se llenan de espanto y no hallan ademanes con qué explicar su admiración. Es necesario creer que el uso

de las armas de fuego en estas naciones no puede haber sido anterior al descubrimiento del Nuevo Mundo y que donde primero empezaron a hacerse de ellas fue en las colonias francesas e inglesas del continente. En el día se surten también de ellas en los presidios de los españoles, con el designio, según las instrucciones del señor conde de Gálvez, de introducirles necesidades por este medio, para que a ellas y por su estímulo pueda seguirse la vida civil; pero la verdad es, y la experiencia lo acredita, que en razón de estas necesidades que, efectivamente, se les han introducido, han progresado y seguirán progresando sus hurtos, su altanería y la astucia con que en el día hacen la guerra a los mismos que les ministran armas.

De la flecha se aprovechan siempre con preferencia y con más destreza en su manejo, de manera que, sin ella, en sus choques de guerra, se verían del todo sobrecogidos del enemigo, así por su mucha torpeza en cargar la escopeta, como por la lentitud con que toman la puntería y hacen la descarga. Para obviar este mal y aprovechar, al mismo tiempo, el estrago de las balas, usan de la flecha en sus primeras filas o vanguardia, amagando más que disparando, y entretanto, los de atrás, desde lugares cubiertos y bien acomodados, disparan sus balas con toda seguridad y casi a tiro hecho, sin entrar en la escaramuza ni el peligro. Los apaches son algo más torpes en el manejo de estas armas, y se ve, en que luego que se hacen de ellas, dan providencia de quitarles la llave y el eslabón, como una cosa que embaraza y para dispararla se valen los unos de los otros. El que descarga toma su puntería con la mayor pausa y prolijidad, estribando la punta de un pie sobre la del otro indio que tiene a su lado y que está en expectativa de que se le apriete, por seña, para aplicar a la cazueleja un tizón que tiene prevenido para el efecto.

La nación dicha de los cumanches infunde aun sólo con su presencia tanto horror a ésta de los apaches, que muchas veces se ha visto afectar la voz de cumanche a algún soldado español en las inmediaciones a alguna ranchería de apaches y bastar esto sólo para ponerla en fuga, no obstante ser tan numerosa la apachería, que se extiende en varias ramas y con varias denominaciones, desde las costas orientales del continente por la colonia y la provincia de Texas hasta las occidentales por Sonora y California. Los lipanes, los mescaleros y otras, son rigurosos apaches en la mayor grosería y ferocidad de costumbres, en el idioma y en la alianza que tienen entre sí. El cumanche, como dije, es el azote de todos éstos, y del cumanche

lo es el guasa, que es otra nación de indios mucho más septentrionales, en los confines de Texas y fronterizos al Canadá y al Boston.

De esta raza de salvajes sólo se sabe en estos países la relación que hacen de ellos los cumanches, explicando su miedo y las razones que los obligan a tenerlo. Su vida no es errante como los demás ni carecen de cierta legislación y civilidad, que los congrega en pueblos con no malos alojamientos y algo de fortificaciones en sus plazas; que los junta a son de caja militar para defenderse de sus enemigos; que los hace cubrirse de pieles y los obliga a entrar en tráfico y alianza con sus vecinos que no son indios. Cuando los cumanches se aventuran a irlos a invadir en sus hogares, se ven necesitados a cortar la cola y aun el rabo a sus caballos, porque a voz general de todos, cuando no lo hacen así, un solo indio guasa, corriendo tras ellos para retirarlos, excede a los caballos en la carrera, los tira de las colas y cogiendo al jinete sin necesidad de armar brinco, lo echa al suelo con destrozo. Para esta empresa va a decir casi el todo a los guasas su estatura gigantesca que, ejercitada en la fuerza y en la carrera, avanza en un solo paso lo que un caballo corriendo en dos o tres.

En una correría de éstas, lograron los cumanches, por casualidad, hacer prisioneros a dos guasas, que con las mayores algazaras de triunfo llevaron a su rancharía y ya les preparaban el mitote para destrozarlos y comérselos vivos a su modo. Por festejo previo, dispusieron, en número de más de trescientos a caballo y apostados en distancias proporcionadas, soltar a pie y libres a los dos prisioneros, obligándolos a correr, alcanzándolos de nuevo y reiterando la diligencia para pasar el rato con esta diversión y hacer tiempo a la hora del baile. Entretanto, los guasas, haciendo el papel de compungidos y acobardados, hurtaban unas veces sus vueltas a sus perseguidores, otras se dejaban alcanzar avanzando siempre algún terreno y llegando, en fin, a los últimos, sorteando entonces mejor su estrategia y avivando más su carrera, dejaron atrás a todos los caballos rendidos y burlados sobre su montura a los que ya les preparaban lugar en sus dientes y estómagos.

Cuando a los cumanches se les pregunta qué juicio forman de la guerra del guasa responden luego significando su espanto y admiración, multiplicando superlativos de *muncho muncho valiente, oreja grande, pata mula*; y, en efecto, los guasas, por costumbre bárbara, se estiran desde infantes las orejas, y se las disponen de modo que suelen colgarles hasta el hombro y

excederles la cabeza. La naturaleza también, ayudada acaso con el artificio, los ha provisto de extraordinaria magnitud de pies, aun en lo extraordinario de su estatura, bien proporcionada en todo lo demás, gallarda y de buena figura. Esta oportuna alternativa de temerse unas a otras estas naciones bárbaras, de perseguirse de muerte y de buscar, por el tanto, alianzas poderosas que las protejan, trae a las manos de las armas conquistadoras de este Nuevo Mundo la sabia máxima de sobrellevarlas en sus divisiones y de prestarles en lances urgentes los socorros que necesitan. Por este propio camino dispone la Providencia, que estas mismas naciones de bárbaros siempre beligerantes, y monstruosas en sus costumbres se acerquen, aunque con lentitud, y a unas sumas expensas de la monarquía, a la luz de la religión y al conocimiento de la verdad.